denó levantar un templo digno ya de la piedad de los tinerfeños. La imagen fue trasladada el año 1526.

En 1530, el obispo Luis Cabeza de Vaca, para «el servicio y buena administración de Ntra. Sra. de la Candelaria, que es de gran devoción», encomienda el santuario a los frailes dominicos, que levantaron a su lado el convento.

La imagen de esta época se nos describe como «una talla de madera pintada, de más de un metro incluida la peana. Bien proporcionada, vestida a la antigua, de rostro bondadoso a la vez que grave y mayestático. Sobre su brazo derecho y apoyado en su mano aparecía el Niño y en la mano izquierda un pedazo de vela» (2).

Al ritmo de una creciente devoción del culto, en 1672 se inauguró un nuevo templo. Desgraciadamente un siglo más tarde fue pasto de las llamas, salvándose solamente la imagen, que tuvo que ser nuevamente colocada en la Gruta de San Blas.

Construida una pequeña capilla provisional, cercana al mar, se traslada la imagen en 1804, pero otra nueva desgracia se ceba sobre el endeble santuario y la imagen desaparece nuevamente, ahora –año de 1826– arrastrada por las olas.

Los padres dominicos, custodios del santuario, acometen otra vez la empresa de una nueva capilla y una nueva imagen, que talla, en 1827, el escultor canario Fernando Estévez del Sacramento. Es la imagen que se venera actualmente.

El grandioso templo actual fue obra más lenta y no pudo ser inaugurado hasta el 1 de febrero de 1959. Lo consagró y bendijo el nuncio de S.S. en España, monseñor Antoniutti.

Ha sido construido por suscripción popular y según el proyecto de don José Enrique Marrero Regalado dentro de un estilo a la vez isleño y renacentista. Es de enormes proporciones, lleva en la portada un curioso campanil, al que sigue el convento dominico, formando un mismo conjunto. Frente a la puerta principal se encunetra la Fuente de Peregrinos, que nos recuerda uno de los muchos milagros que se atribuyen a la Virgen.

El interior aparece adornado de excelentes murales, obra de importantes artistas. El del altar mayo, obra de Martín González, pleno de belleza y colorido representa la apoteosis de la Virgen y al pueblo ca-

nario orando a sus pies. Otros exaltan personajes venerables relacionados con las islas.

La imagen fue coronada canónicamente por don Ramón Torrijanos Gómez el 13 de octubre de 1889 y puede lucir desde entonces una hermosa corona imperial de Ernesto Meléndez, orfebre de Santa Cruz.

«El santuario posee un rico tesoro, junto a una extraordinaria cantidad de exvotos ofrendados a la Virgen, en todos los tiempos y procedentes de todos los lugares del archipiélago y de otras partes del mundo» (3).

Las fiestas principales se celebraban, tradicionalmente, el día 2 de febrero, pero han sido trasladadas el 15 de agosto y se inscriben en ese tipo de celebraciones multitudinarias y por ello populares. Acuden gentes de todos los lugares de la isla e incluso de todo el archipiélago.

Las gentes «van y vienen, hablan, cantan y gesticulan en una extravertida y tumultuosa vorágine jubilosa y ahíta de sencilla y elemental fe. Bajo el deslumbrante sol, en el aire limpio del mediodía, se expande el clamor de la multitud, el repique de las campanas, el estallar de los cohetes, la música y las parrandas...

»Cuando la Virgen asoma bajo la arcada de la basílica, toda esa gigantesca y promiscua explosión de vigorosa humanidad cesa como por encanto, dando paso a un hondo y recogido, piadoso silencio, acaso más atosigante y elocuente y sobrecogedor que la ensordecedora algarabía del instante anterior» (4).

La víspera de la fiesta tiene lugar la representación de la «Ceremonia de la Aparición», en la que intervienen hombres vestidos con pieles de ovejas, escenificando la aparición de la Virgen a los primitivos guanches, quienes recuerdan los milagros que hace, para terminar adorándola. Por supuesto, no faltan los tradicionales bailes y dentro de ellos el famoso «Baile de las Cintas».

Renunciamos a relatar algunos de los milagros que debidamente testicados se encuentran en el libro de los «Milagros de la Candelaria», del fray Alonso de Espinosa. Van desde la curación de cegueras, como la de Juan de Santa Cruz, hasta la vuelta a la vida del niño de seis años de apellido Torres, natural de Canarias.

Pero el verdadero y siempre contrastable milagro es el que hemos

reseñado más arriba: la fe y devoción de todos los canarios en su Virgen de la Candelaria.

En las dos grandes ocasiones de sus fiestas la litúrgica de febrero y la de verano, «todos los caminos de la isla y de las islas llevan a Candelaria» (5).

El santuario ha dado lugar a una hermosa villa mariana, que a sólo 17 km de Tenerife, recrea los ojos con sus bellezas naturales y eleva el espíritu, pues no en vano nos hallamos ante el primer santuario levantado en honor de la Virgen, Patrona de todo el Archipiélago.

En el amplio y desperdigado municipio están además Barranco Hondo, Igueste, Las Caletillas, Cuevecitas, Araya y Malpaís.

«Son como seis balcones colgados frente a este azul atlántico. Todo entre el mar y la montaña y el sol dueño y señor durante todo el año, con una temperatura media de 22°» (6).

BIBLIOGRAFÍA

Santuarios Españoles. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Enrique Flórez. Madrid, 1975. Pág. 2237 (1) y (2).

Alfredo Reyes Darías: *Las Canarias Occidentales: Tenerife, La Palma, La Gomera, El Hierro*. Ediciones Destino. Barcelona. Págs. 377-389. Pág. 381 (3). Pág. 387 (4).

Joaquín Pérez Sanjuán: *Historia de la Santísima Virgen María*. Edit. González Rojas. Tomo III. Págs. 447-452.

Publicaciones del Ayuntamiento de Candelaria. Págs. 2 (5), (6) y 3.

NUESTRA SEÑORA DE LA FUENCISLA
SEGOVIA

Entre los grandes privilegios de los que presume Segovia hay que destacar el de su Virgen de la Fuencisla. Algunos quieren llegar tan lejos que intentan demostrar que la imagen de su Virgen perternece a la misma época de su acueducto romano. Tallada en Antioquía, San Geroteo, discípulo de San Pablo, la habría trasladado hasta la ciudad.

Después de haber predicado durante un largo período de tiempo y asentada ya definitivamente una comunidad cristiana, Geroteo, ya obispo de Segovia, sintió la necesidad de ir a visitar a San Pedro, príncipe de los apóstoles, que dirigía la Iglesia desde Roma.

Durante dos años dejó huérfana a su sede española, para volver trayendo una imagen de la Virgen, de aquellas que San Pedro había encargado a San Lucas, escultor y pintor primero de la Iglesia naciente.

Estas imágenes cumplían una doble misión: Por una lado alentaban a los cristianos facilitándoles el recuerdo de la Madre de Cristo que ellos no habían conocido. Por otro apartaban a los tiernos creyentes de sus recuerdos hacia los ídolos paganos.

Como en aquellos momentos de mediados del siglo primero los convertidos dentro de la ciudad no podían ser muchos y además poco pudientes, el santo obispo quiso venerar la imagen en un bello lugar conocido entonces con el nombre de «Fons stillans» (Fuente destilante), de donde luego derivaría el nombre de «Fuencisla».

Allí durante varios siglos los cristianos daban culto a su Virgen dentro de una modesta construcción, que por su pobreza poco podía molestar a los paganos.

Pero llegó la invasión árabe, ante el desconcierto de los primeros momentos, los cristianos temieron lo peor para ellos y mucho más para los signos de sus creencias. Por eso uno de los presbíteros de la ya parroquia de San Gil, dentro de la ciudad, ocultó la imagen venerada en las afueras, en las bóvedas de su iglesia. San Gil era entonces la verdadera catedral de Segovia.

Junto a la Virgen ocultó también un libro explicando la historia de la Virgen. Por desgracia sólo se ha conservado la primera hoja. Pergamino muy interesante porque, entre otras cosas, allí se lee: «Don Sacharo, beneficiado de esta santa iglesia de Segovia, quitó esta santa imagen de la Bienventurada María de la Peña sobre las fuentes donde estaba en el camino y la escondió en esta santa iglesia. Era de seiscientos ciencuenta y dos, que es año de setecientos catorce». Y más abajo : «¡Mísera Hispania!» (1).

Lógicamente el piadoso sacerdote, como otros muchos, pensaba que aquella oleada de árabes sería una cosa pasajera y que muy pronto las cosas volverían a sus cauces anteriores.

Se equivocó como la mayoría de los españoles. Y en Segovia nadie se volvería a acordar de aquellas historias pasadas hasta los tiempos de Alfonso VII en 1130, en que, reparando las bóvedas de San Gil, aparecieron la Virgen y el pergamino. Eran los tiempos del obispo don Pedro de Aragón.

Desconociendo el peso de la tradición, la imagen escondida fue venerada en San Gil. Y ciertamente el pueblo en masa dedicaba a aquella su Virgen un culto y un favor enviadiables, superior al de cualquiera otra imagen.

Era tal la afluencia de visitantes que incluso fue colocada en un nicho de la calle para facilitar a los peregrinos la visita en cualquier momento del día o de la noche. Pero un suceso providencial iba a cambiar el destino de aquellas pretensiones.

El hecho milagroso es totalmente histórico y hay constancia escrita en el manuscrito «Cerratense», custodiado en la santa iglesia catedral, escrito por el dominico Rodrigo de Cerrato que le da nombre.

En Segovia, como en otras muchas ciudades de Castilla, existía una muy fuerte colonia judía, que compartía con los cristianos la vida ciudadana. Era el año de 1240. Regían las leyes que, unos años más tarde, iba a recopilar Alfonso X en su código de las Siete Partidas.

Una mujer judía, llamada Ester, fue acusada falsamente de adulterio. En la cruel lógica de aquel tiempo debía morir. Sus propios correligionarios la condenaron a ser despeñada. El lugar el despeñadero que se encuentra en las Peñas Grajeras.

La inocente víctima, cuando era llevada al suplicio, alcanzó a ver la imagen de la Virgen, a la que rezaban todos los segovianos. No tenía opción ninguna de salvarse.

En el instante supremo que se acercaba al borde del abismo, mirando fijamente al lugar donde estaba la imagen exclamó:

–«Virgen Santísima, pues amparas a los cristianos, ampara también a una judía.»

Llorosa pero confiada, ante unos testigos insensibles, quizás bajo presiones injustas, la acercaron hasta el borde del abismo y con imponente ritualismo la arrojaron desde lo alto.

«Protegida prodigiosamente y favorecida con celestial visión, llegó totalmente incólume al suelo, sin el menor daño y en medio del gene-

ral asombro de judíos y cristianos, que habían acudido a presenciar el horrible espectáculo.

»Ester pidió el bautismo, que le administró el obispo don Bernardo, recibiendo el nombre de María del Salto.

»Después de haber llevado una vida edificante, murió con fama de santidad. Su cuerpo fue sepultado en la catedral antigua y trasladado más tarde al claustro de la actual, donde reposan sus restos con una inscripción que recuerda el milagro.

»En los relieves del arco barroco del santuario se hallan grabados los momentos culminantes del favor divino a la mujer hebrea» (2).

Alfonso X recuerda el suceso en una de sus cantigas. Ésta es la bella suplica de la judía:

Senon se Deus xe querría!
Mas tu Reŷna María
u crischāvdade fia
xe tal es com' oy ja.

Que acorre-las coytadas
que ti son acomiendadas
outre toda - las culpadas
val a mi ca mester ni á.

(Cantiga, 19)

A raíz del milagro se cambiaron las formas de la devoción mariana, ante las presiones populares, que no se conformaban con el tipo de culto recibido en la catedral. Presionados por la masa popular, se levantó en el lugar una pequeña ermita y allí volvió la imagen que habría estado escondida y luego reverenciada en las bóvedas de San Gil.

El creciente fervor de la ciudad obligó a la construcción del nuevo templo. El propio rey Felipe II se interesó directamente por el proyecto, pensado según todas las características del estilo herreriano. La primera piedra fue bendecida el 13 de octubre de 1598, en tiempos del obispo don Andrés Pacheco. Quince años más tarde ya estaba terminada, gracias al fervor y a la generosidad de todos los segovianos. Felipe III vino expresamente a Segovia para dar realce a las fiestas de la inauguración que comenzaron con la llegada de la comitiva real el 18 de septiembre de 1613.

En los anales segovianos esas fiestas se recuerdan como unas de las más llamativas. La Virgen llegaba a su nuevo templo el 23 de ese

mismo mes. Pero los festejos públicos fueron innumerables, como pocas veces vistos en la ciudad.

Desde entonces no han cesado las dádivas y las obras, interiores y exteriores, hasta convertir el lugar en un centro de belleza y de arte únicos, pero sobre todo en la fibra más sensible de la piedad segoviana.

El retablo mayor ocupa toda la cabecera de la capilla mayor. Es obra del maestro Pedro de la Torre y comenzó a construirse en 1615, pero no pudo terminarse hasta 1659 e incluso el dorado se prolongó hasta 1662.

Una verja de hierro forjado, montada sobre un zócalo de piedra separa la capilla mayor del resto de la iglesia.

«La imagen actual es de madera, de poco más de un metro de alta, de bello rostro, moreno, algo prolongado e inclinándose a mano derecha, donde tiene el Niño, que parece contemplar con dulce mirada. El cabello también tallado, es rubio, con granitos de oro sembrados de trecho en trecho, y dividiéndose donde la frente en dos guedejas graciosísimas. Lleva túnica encarnada guarnecida de oro en el delantal superior, y cinturón negro. El manto que tiene sobre el vestido es azul oscuro, con una orla de plata alrededor; mas sobre todo esto que hizo el escultor, la piedad ha acolocado mantos riquísimos de telas preciosas formando esas figuras triangulares que tienen todas nuestras imágenes de la Virgen, y en las cuales el arte desaparece bajo los lujosos donativos de la devoción más generosa que estética» (3).

El conjunto total del templo queda encuadrado entre los desmontes de las peñas, debidamente aseguradas para impedir cualquier peligro.

Todo el conjunto actual forma parte de un itinerario monumental y religioso, extremadamente bello y atractivo, cercano a la capital y al río Eresma, donde también se encuentran el convento de carmelitas, el de San Marcos, la iglesia de la Vera Cruz y un poco más apartado, pero no lejos, el monasterio de El Parral.

Merece la pena visitar aquellos lugares, corazón fervoroso de Segovia, que son su cuyo centro vital.

Entre las fechas marianas inolvidables figuran la coronación canónica llevada a cabo en la plaza Mayor, con fecha del 24 de septiembre de 1916, por el obispo don Remigio Gandásegui, con asistencia de la

infanta de España y condesa de Segovia doña Isabel de Borbón, que ostentaba la representación del rey don Alfonso XIII y en presencia de numerosos obispos y autoridades.

Otro momento importante fue la concesión de honores de Capitán General a la Virgen por el jefe del Estado, don Francisco Franco, con fecha de 22 de septiembre de 1941, con la correspondiente imposición de insignias en un acto solemnísimo celebrado el 31 de mayo de 1942, también en la plaza Mayor y con asistencia del nuncio de Su Santidad.

Las visitas de la Virgen a su ciudad siempre han sido frecuentes y fervientes, porque la Virgen de la Fuencisla, se acerca hasta sus hijos en todos los momentos difíciles que les depara el destino como pestes, guerras, sequías, hambres..., cualquier tipo de calamidades masivas.

BIBLIOGRAFÍA

Santuarios Españoles. Instituto Enrique Flórez. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1975. Pág. 2265 (2).

Joaquín Pérez Sanjuán: *Historia de la Santísima Virgen María*. Edit. Felipe González Rivas. Pág. 157 (1). Pág. 159 (3).

Tesoros Artísticos de España. Selecciones del Reader's Digest. Madrid, 1972.

NUESTRA SEÑORA DEL HENAR
CUÉLLAR (SEGOVIA)

Cuéllar es una de esas ciudades castellanas que, en el escenario de la historia, cobran singular importancia como consecuencia de las repoblaciones siguientes a la reconquista, pero que muy pronto se va a convertir en centro de polémicas nobiliarias e incluso reales, sobre todo durante las luchas de Pedro I, Juan I, Enrique IV..., aunque al tomar parte a favor de doña Juana la Beltraneja, los Reyes Católicos la fueron marginando de la vida cortesana.

Para entonces ya se había convertido en uno de los lugares artísticos y religiosos más significativos de Castilla. Hoy, cuando apenas cuenta con diez mil habitantes, puede seguir presumiendo de grandes

recuerdos que la colocan en las avanzadillas sobresalientes de la provincia segoviana.

Enumerar, por ejemplo, sus iglesias ya resulta abrumador con la Trinidad, San Andrés, San Esteban, San Sebastián, Santiago, Santa Marina, El Salvador, San Miguel, además de los conventos de las madres Concepcionistas y Santa Clara.

Sin embargo, ninguno de esos centros religiosos tiene un sentido de convocatoria tan importante como el santuario del Henar, situado a cinco kilómetros del casco urbano, muy próximo a la frontera de Valladolid, donde lo rodean grandes bosques de pinos, por los que cruza la carretera que nos lleva hasta el lugar entre perfumes de inciensos y resinas.

Si el nombre de «El Henar» no tiene significado especial, ya que significa «lugar de heno», el origen de la imagen se hunde en la nebulosa inicial del ser religioso de la comarca.

Según la tradición la Virgen del Henar fue traída de Tierra Santa por el primer obispo de Segovia San Geroteo, hacia el año 71. Recibió inicial culto en un pequeño poblado llamado San Cristóbal del Henar, del que no conocemos nada.

En algún momento de la invasión árabe, por el año 714, siguiendo el consejo de tres hermanos santos de Segovia: Frutos, Valentín y Engracia, tuvieron que esconderla para evitar profanaciones. Trabajo le costó al poblado desprenderse de su Virgen, pero la intervención de un anciano llamado Sancho Martín fue decisiva. Hasta él mismo subió al trono donde se hallaba la imagen y entre lágrimas y sollozos la entregó a los hermanos de Segovia que la trasladaron a un lugar muy escondido, una cueva, donde la colocaron con un cirio encendido por toda compañía. Luego disimularon la entrada.

Como la presencia musulmana se prolongó mucho más de lo previsto. Murieron todos los contemporáneos de los hechos y se olvidó por completo el escondite.

En 1580, ocho siglos después, la Virgen, en forma de hermosísima señora, se apareció a un pastor del cercano pueblo de Viloria, que cuidaba sus ganados en el valle del Henar.

La señora aparecida y todavía desconocida, le indicó al pastor que buscara a su padre porque lo quería hablar. El muchacho creyendo en-

contrarse ante una de las dueñas potentadas del castillo cercano, respondió que él no podía dejar el rebaño abandonado.

Con persuasivos ademanes la mujer se comprometió a cuidar el ganado en su ausencia y el mancebo corrió a decírselo a su padre.

El viejo castellano, curtido y desconfiado, juzgó que se trataba de alguna treta de su hijo y no solamente no le hizo caso, sino que, malhumorado, lo mandó volver inmediatamente a su trabajo de cuidar el ganado.

Al llegar, triste y desorientado, encontró a la señora al frente del rebaño y le contó el fracaso de su embajada.

Durante la conversación, la enigmática mujer le dio una piedra y le dijo que la tirase con su brazo derecho a una oveja que intentaba descarriarse. El pobre zagal mirando con tristeza a quien le mandaba no supo decir más que unas dolorosas palabras:

– Señora, ése es el brazo que tengo inutilizado.

– No importa. Tú intenta tomar la piedra y lanzarla.

No se lo podía creer: la mano tenía fuerza suficiente y el brazo se movía con normalidad.

– Ahora, siguió la señora, ahora vuelves a tu padre y le dices que venga a hablar con quien ha curado tu brazo. Se lo enseñas y seguro que con esta señal te creerá fácilmente.

Al hallarse cerca de su padre, el muchacho a gritos lo llamaba para decirle que la señora del recado lo había curado.

Cuando se presentaron en el lugar, la mujer les pareció totalmente transformada, radiante de luz y de hermosura. Atónitos no se atrevían ni a moverse. Fue ella la que les habló:

– Yo soy la Virgen María, Mi imagen a la que vuestros antepesados llamaron del Henar, se encuentra oculta bajo esas piedras que tenéis al lado. ¡Buscadla!

Y desapareció.

Pero había puesto tal persuasión en sus palabras, tal convencimiento en aquellos confidentes, que en ese mismo momento comenzaron a remover piedras y descubrieron primero la pequeña cueva y al fondo la imagen con el cirio todavía encendido. ¡Y habían pasado siete siglos!

Al sacarla los pastores de su encierro, brotó por primera vez una fuente cristalina que todavía llega hasta nosotros. Los piadosos cristia-

nos acuden hasta el lugar y beben el agua que juzgan milagrosa. Es su «Fuente del Cirio».

Gozosos los dos pastores tomaron la imagen y la llevaron al sitio que por tradición se decía que allí había estado una antigua Virgen llamada del Henar.

Precipitadamente construyeron algo que puede decirse choza para proteger su hallazgo y luego corrieron al pueblo a dar parte a las autoridades.

En este intervalo acertó a pasar por allí un labrador que con su carreta de bueyes se dirigía al poblado de Torre-Gutiérrez y al ver aquel chamizo que a la mañana no estaba, se acercó curioso y encontró la sagrada imagen. Como no conocía ninguna explicación y aquello estaba abandonado, sin pensar más tomó la imagen y la cargó cuidadosamente en su carreta.

Marchaba tranquilo dirigiendo su yunta, como lo había hecho tantas veces, cuando inesperadamente al llegar a un pequeño puente del camino los animales se paran. Les instó, les estimuló con su vara, pero ni se movían. Parecían clavados en el suelo.

Temeroso por lo sucedido creyó encontrarse ante un castigo por haber tomado, quizás robado, la Virgen, y no tuvo otra ocurrencia que dar la vuelta a la carreta y devolver la imagen a su sitio. Entonces sí volvieron a caminar mansamente los bueyes.

Entretanto también los pastores habían llegado al pueblo y convencido a todos del hecho milagroso. Algo nada difícil porque enseñaban la maravilla del brazo del jovenzuelo.

Al llegar la comitiva y contemplar el maravilloso hallazgo una oleada de gozo invadió la multitud. Resultó demasiado fácil comprometerse todos a levantar una capilla en el lugar en que se hallaban, porque estaban convencidos de que el mensaje del carretero no se podía interpretar de otra manera.

La imagen que hoy se venera «es del más puro estilo románico de principios del siglo XII. Se presenta sentada en una rudimentaria silla o arqueta mostrando al pueblo el misterio de su Maternidad Divina. Es del tipo llamado hierático. Su porte es grave, rígido, pero lleno de serena belleza: los rasgos elementales, los vestidos caen en pliegues rectos, apenas insinuados: la policromía es azul y roja: su calzado puntia-

gudo. El Niño, de sorprendente parecido con la Madre, posa sobre el halda de ella y está también de frente en ademán de bendecir, mientras con su mano izquierda sostiene un libro» (1).

Parece ser que el primer culto de que tenemos noticia, lo recibió la imagen por la época de la repoblación de las tierras de Cuéllar, reinando Alfonso VI. Algún ermitaño construiría la primera ermita en honor de la Virgen, cuando también se organizaba la vida de todos aquellos poblados.

«De 1430 se conserva un valioso documento en el que se dice que don Gómez González, arcediano de Cuéllar, compró los libros litúrgicos de la ermita ruinosa de Santa María del Henar, para el hospital de la Magdalena de Cuéllar, fundado por él mismo» (2).

Allí recibió culto la imagen hasta que en 1642 comienza la construcción de un templo digno de la creciente devoción hacia la imagen, posiblemente cuando era párroco de Céspedes del Monte, don Juan Rodrigo, a quien también se pueden deber la recopilación de las leyendas sobre la Virgen.

Las obras del santuario continuaron durante el siglo siguiente. La devoción a esta Virgen tenía sentido de convocatoria nacional de tal manera que «en 1743, el día de la romería, se llegan a reunir hasta 30.000 fieles y en 1789 se encargaron 7.099 misas» (3).

El siglo XVIII fue el verdadero siglo de oro del santuario, durante el cual se realizan la mayoría de las obras del actual complejo religioso. El templo es grandioso en estilo neoclásico, camarín y cúpulas decoradas. A finales del mismo siglo se construye el convento, magnífica obra también neoclásica, con claustro de dos pisos de arcos.

Durante la invasión sufrió los saqueos y atropellos de las tropas francesas y sobre todo a partir de entonces comienza la decadencia, que se va a prolongar durante todo el siglo hasta que los Carmelitas de la Antigua Observancia se hicieron cargo del santuario que se hallaba en una situación lamentable. Era ya el 13 de septiembre de 1924. Sólo el tesón, la fe y el heroísmo de estos religiosos pudo superar la lamentable situación en que se hallaba el convento.

Los carmelitas han logrado convertir el santuario en un centro de espiritualidad regional de primer orden, ya que la Virgen del Henar fue

proclamada en 1939 «Patrona de la Villa y Tierra de Cuéllar», lo que supone el reconocimiento de patronazgo sobre 36 pueblos.

Pío XII la proclama en 1958 «Patrona de los Resineros Españoles». Y el 25 de junio de 1972 es coronada canónicamente por el arzobispo de Valladolid, don Félix Romero Menjíbar, siendo obispo de Segovia don Antonio Palenzuela. Una jornada inolvidable a la que asistieron más de ciencuenta mil devotos.

Hoy Nuestra Señora del Henar es uno de los santuarios más importantes de Castilla, por donde desfilan en romerías, fiestas y visitas hasta 300.000 fieles anuales.

En la romería, el domingo anterior al día de San Mateo, 21 de septiembre, se siguen congregando en el lugar unos treinta mil devotos. Los resineros celebran su fiesta particular el último domingo de mayo. Existen además otras importantes jornadas festivas y se calcula que en los domigos veraniegos desfilan por el santuario varios miles de creyentes.

La tradición habla de celebrados milagros y abundantes gracias que el cielo concede a través de esta Virgen. Para recoger los regalos y exvotos del pueblo sencillo se ha tenido que habilitar una estancia previa al camarín.

Ya en 1697 se publicaba en Madrid el libro *Historia de la milagrosa imagen de Nuestra Señora del Henar,* de don Gregorio Baza de Haro. El propio santuario publica desde 1933 su boletín particular *La Virgen del Henar.*

BIBLIOGRAFÍA

Santuarios Españoles. Instituto Enrique Flórez. Consejo Superior de Investiaciones Científicas. Madrid, 1975. Pág. 2273 (1), (2) y (3).

Joaquín Pérez Sanjulián: *Historia de la Santísima Virgen María*. Edit. Felipe González Rojas. Madrid. Tomo III. Págs. 167-173.

Alfredo J. Ramos: *Castilla y León*. Guías Anaya. Madrid, 1994. Pág. 237.

NUESTRA SEÑORA DE LOS REYES
SEVILLA

Sevilla. El nombre lo dice todo y lo conocen todos: una ciudad llena de arte, de luz, de poesía, de historia, de tradiciones, de folklore, de leyendas... Pocos lugares ofrecen tantas perspectivas para ser justamente celebrados desde múltiples puntos de vista. Pero entre todos ellos, más que como una parcela, como un relicario, quizás como una enciclopedia, destaca su catedral.

Ya pensaron en algo fuera de lo normal sus promotores al levantarla: «Hagamos una iglesia tal que aquellos que la vieren nos tengan por locos».

La catedral de Sevilla es el tercer templo del orbe cristiano después de San Pedro de Roma y San Pablo de Londres. Tiene unas dimensiones de 145 metros de largo por 76 de ancho. Construida en el siglo XV presume de sus nueve puertas repartidas por las cuatro fachadas.

Se levantó sobre una mezquita almohade del siglo XII, de la que restan elementos tan importantes como el Patio de los Naranjos y la Giralda, que sirve de torre. La mezquita destruida fue la más importante de al-Andalus, después de la cordobesa. La sala de oración estaba compuesta por diecisiete naves separadas por arcos de herradura apuntados.

Renunciamos a describir al detalle el interior del majestuoso templo donde destacan el retablo mayor, el más grande del mundo, de 18 metros de ancho por 20 de altura, construido por Fernández Alemán. El coro, una de las sillerías góticas que se ven a lo largo de la vía de la Plata. La sacristía con obras únicas de pintura y orfebrería. La sala capitular. Las innumerables y monumentales capillas: la Concepción, Mariscal, San Andrés, los Cálices, la Adoración de los Reyes, la Antigua, San Antonio, Santiago, Scalas, San Francisco, la Capilla Real... De ésta nos vamos a ocupar principalmente porque resume y recuerda nuestra historia.

La Capilla Real ocupa el centro de la cabecera de la catedral. Recibe el nombre de los Reyes porque la adornan doce estatuas de piedra representando a los reyes del Antiguo Testamento. Fue construida sobre otra primitiva en tiempos de Carlos V, según proyecto de Juan de

Álava y Enrique Egas. Va cerrada por una hermosísima reja de Sebastián Van Der Borch (siglo XVIII).

Sobre el altar encontramos una imagen gótica, sedente, de candelero, muy en línea con otras Vírgenes sevillanas. La talla debió realizarse a mediados del siglo XIII con claro gusto o influencia francesa.

A los pies del retablo se encuentra el cuerpo de San Fernando guardado en una urna de plata labrada por Juan Laureano Pina, ejecutada a finales del siglo XVII y una de las obras culminantes de la orfebrería barroca.

En dos monumentales nichos laterales renacentistas se encuentran los restos de Alfonso X el Sabio y de su madre doña Beatriz de Suabia, representados en estatuas sedentes. Son obras modernas realizadas en piedra y alabastro por Juan Laureano de Pina el año de 1717.

Aquí también descansan los restos del rey don Pedro el Cruel y su esposa doña María de Padilla.

Con ocasión de unas reparaciones hubo necesidad de abrir los sepulcros y en el de doña Beatriz se encontraron una rosa disecada y el esqueleto de su pájaro predilecto, además se hallaron intactas sus ropas y joyas riquísimas.

Se pensó en un museo, pero el pueblo andaluz no lo consintió porque «sería desterrarlas a las Siberias académicas de las exposiciones». «El auténtico sevillano no cree que el cante que nació para el campo y la fiesta, esté bien en un tablado, ni los terciopelos de doña Beatriz colgados en una percha o maniquí» (1).

Esta capilla nos parece nuestro relicario porque, a partir de Fernando III y Alfonso X, España en la práctica ya estaba hecha, aunque el reino de Granada, por la desidia de los que siguieron, en unirse a la Corona tardó siglos, lo que podía y debía haber tardado muy pocos años.

De manera muy especial hay que traer a primer plano, plano especialísimo, la Virgen ligada de manera muy especial a la Reconquista. Resulta imposible separar la historia de la leyenda, ni entre las mismas leyendas destacar aquella que caracteriza mejor el ser de la Virgen de los Reyes.

Marchaba don Fernando a la vecina localidad de Alcalá de Guadaira, preocupado por las siempre difíciles campañas de la Reconquista.

Ferviente adorador de la Virgen, le pide ayuda para sus empeños. Tan lejos llegó su plegaria que la propia Madre de Dios envía personalmente la respuesta prometiéndole ayuda. Al santo rey le penetró tan en lo profundo el rostro de su Meadiadora Celestial que quiso tener una representación plástica de la visión. Le tallaron varias imágenes para ver si alguna de ellas traducía adecuadamente sus convencimientos. Ninguna logró satisfacerle. En la iglesia de San Salvador Ntra. Sra. de las Aguas o la de los Reyes, que se encuentra en la parroquia de San Ildefonso o en el convento de San Clemente, fueron algunas de las presentadas.

Desalentado don Fernando, creyendo imposible su sueño, se encuentra con que los propios ángeles del Cielo bajaron a tallar ellos mismos la imagen que colmó por completo sus deseos.

Piensan muchos que en otra ocasión con anterioridad y a causa de una gran sequía que asoló el campo andaluz se apareció la misma Virgen para anunciarle el beneficio de la lluvia.

Todos estos hechos, referidos y concretados en San Fernando, no deben causar extrañeza. La misma Iglesia, al canonizarlo, ha certificado que se trata de un varón de virtudes heroicas. Bien pudo el mismo Dios bendecirlo durante su vida terrena.

Los mismos pueblos de España y sobre todo el pueblo sevillano sigue pensando de esta manera. No consienten otras explicaciones para su santo y menos para su Virgen.

No aceptan las opiniones de los críticos que creen se trata de una obra tallada en Francia y donada al rey castellano por su primo Luis IX, fundándose en la flor de lis que la imagen tiene en su pie derecho.

También rechazan que nos hallemos ante un regalo del emperador Federico II y traído por doña Beatriz de Suabia, cuando vino a casarse con don Fernando.

Pudo mejor tratarse de la fiel compañera del santo rey durante la Reconquista o la que luego presidió la procesión de acción de gracias con motivo de la conquista de la ciudad en 1248.

Según la tradición «San Fernando llevaba consigo tres imágenes de la Madre del Redentor: una de plata sentada con su Divino Hijo en los brazos; otra labrada, de marfil, de dos cuartas de alto, con el Niño también en los brazos, la que acomodaba el valeroso rey sobre el arzón

de su caballo y a quien dirigía sus preces al entrar en batalla; y la tercera, de mayor tamaño y más venerada que ninguna otra, la cual tenía siempre en el campamento un altar y por templo una tienda» (2).

Ésta sería la que ahora también veneramos y que le es regalada por el cielo.

La actual imagen de la Virgen mide 1,76 metros, sedente, al estilo de las Vírgenes sevillanas, lleva la cabeza y las partes visibles perfectamente talladas y el resto está pensado para estar cubierto con ricas vestiduras, sobre las que destaca la hermosa cabellera.

Sus ricos vestidos se cambian con facilidad, pues las cabezas de la Virgen y del Niño son artículadas y facilitan esta labor. El interés de la talla es enorme, porque se trata de una singularidad muy poco frecuente en el siglo XIII, el siglo indudable al que pertenece la imagen.

Ahora la fiesta principal de esta Virgen se celebra el 15 de agosto. Se repite su salida a la calle rodeando majestuosa todo el perímetro catedralicio, convertido en su verdadero trono.

Los sevillanos nos quieren recordar aquel paseo-entrada triunfal de su Virgen para celebrar la conquista de Sevilla por San Fernando y sus ejércitos.

Aquella fecha del año 1236 posiblemente sea una de las más gloriosas de nuestra historia. Se ponía en la práctica fin al dominio árabe en nuestra patria, que quedaría arrinconado en el reino pactado de Granada. Hacemos un resumen de las bellas páginas de don Joaquín Pérez Sanjuán recordando este suceso:

«Abrían aquella magna comitiva las trompetas reales. Seguían las órdenes militares con sus cruces y estandartes: don Pelayo Pérez Correa de Santiago; don Fernando Ordóñez de Calatrava; don Pedro Yáñez de Alcántara; don Fernando Risco de San Juan. Seguían los obispos de Jaén, Córdoba, Cuenca, Segovia, Ávila, Astorga, Cartagena, Palencia, Coria..., todos vestidos con sus trajes pontificales. A continuación los monjes con sus túnicas de sayal. Tras ellos una carroza triunfal soberbiamente engalanada, de la cual tiraban cuatro caballos blancos y en ella la Virgen de los Reyes, que para San Fernando era la verdadera artífice de la victoria. Detras a pie con la espada desnuda iba adorándola, dándole gracias, el rey vencedor, que procuraba para ella, para su Virgen, los honores de la victoria. Con el rey y con la misma

actitud acompañaban su esposa, sus hijos, los príncipes e infantes del reino. Formaban entre todos un espectáculo nunca visto» (3).

No tiene nada de extraño que a uno de los que formaban en esa comitiva se le grabara tan íntimamente los hechos que lo inmortalizaría en una de sus más bellas cantigas.

En 1947 fue proclamada Patrona de Sevilla por Pío XII.

BIBLIOGRAFÍA

José Mª. Pemán: *Andalucía*. Edic. Destino, Barcelona, 1973. Pág. 65. (1).

Santuarios Españoles. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Enrique Flórez. Madrid, 1975. Págs. 2331-2332. Libro principal que nos ha servido de guía.

J. Pérez Sanjuán: *Historia de la Santísima Virgen María*. Edit.. Felipe González Rojas. Madrid. Págs. 131-139. Pág. 132 (2). Págs. 137 y 138.

J. Sendín Blázquez: *La Vía de la Plata*. Fundación «Ramos de Castro». Zamora, 1992. Págs. 323-325.

SANTA MARÍA DEL ESPINO
SORIA

En la obra de fray Gregorio Argaiz, que dejó inédita con el título de *Historia de la diócesis de Osma,* encontramos estas hermosas e interesantes palabras: «Es imagen milagrosa esta de Nuestra. Señora del Espino; y según papeles del archivo, su primer asiento fue en Covaleda, lugar de los Pelendones, donde nace el río Duero, y cuando se perdió España, los cristianos la escondieron entre unas peñas, porque los moros no la topasen.

»Pasados muchos años quiso Dios que se apareciese a un pastor de Soria en un espino, por lo cual la tienen puesta en un árbol de esta especie. La llevaron a Soria, que está seis leguas llamándola Ntra. Sra. de Covaleda» (1).

«La iglesia de Ntra. Sra. del Espino es la más frecuentada que hay en Soria, por la santa imagen, que en ella se venera» (2).

«Era, por tanto, y sigue siendo, la iglesia de más categoría e importancia después de la colegiata de San Pedro, y actualmente la pri-

mera de todas las parroquias de la diócesis. El templo es tan suntuoso que resulta de los mejores de la ciudad» (3).

Argaiz estaba escribiendo a mediados del siglo XVII.

No cabe duda de que nos hallamos ante una leyenda cuyos puntos principales son comunes con otras muchas leyendas de Vírgenes españolas.

Importa, sin embargo, recordar que en 1270, se menciona ya la parroquia con el título de «Cobalieda» y en el siglo siguinte, en 1352, en lugar de «Cobalieda», encontramos ya «Santa María del Espino».

Resulta muy probable que en la Edad Media Soria veneraba una imagen con el título de Espino.

La talla venerada en esta época era típica medieval de los siglos XIII-XIV. Morena, pequeña, sentada en sillón de brazos, sostenía al Niño Jesús en su brazo izquierdo, mientras mostraba una manzana en la mano derecha. Desgraciadamente en 1952 un voraz incendio abrasó la imagen y el retablo barroco donde era venerada.

Posiblemente fue venerada como imagen de Santa María, pero luego en la Edad Moderna se generalizó el título de «Espino», siguiendo la costumbre de la época, empeñada en acotar las imágenes con nombres significativos para ellos y que particularizaban las devociones, siendo también una época muy pródiga en dignificar las imágenes con leyendas, incluso importadas de otros lugares.

Lo que nos parece llamativo es la obra de la iglesia. Originariamente debió ser de estilo gótico tardío de los siglos XV y XVI, época a la que pertenece la cabecera, donde se encuentran el camarín de la Virgen y la sacristía.

Su planta se halla formada por una gran nave central, completada con tres capillas abiertas, semejantes entre sí y que transmiten la sensación de que nos hallamos ante una iglesia de tres naves. Lleva pilastras rectangulares que sostienen con los muros las bóvedas ojivales.

La torre es cuadrangular, compuesta de tres cuerpos iguales, que no llevan más adornos que unas sencillas molduras y una balaustrada de piedra sobre la última cornisa.

Hoy la iglesia de Ntra. Sra. del Espino, parroquia y santuario, es una de las más importantes de la ciudad, herencia de la antigüedad cuando pertenecían y tributaban a ella hasta treinta y tres aldeas.

Junto a ella destacan Santa María la Mayor y la concatedral de San Pedro, levantadas en el siglo XII y reedificadas en el siglo XVI.

La Virgen del Espino es hoy Patrona oficial de Soria. Argaiz, en 1659, la consideraba ya Patrona por los milagros que ha obrado. En las actas del Concejo de Soria del año 1690 se la designa ya como Patrona. Una designación que se generaliza en los libros parroquiales desde los primeros años del siglo XVIII. Una época en la que existen alusiones explícitas a actos religiosos, rogativas, procesiones.

La imagen actual es copia exacta de la antigua, desaparecida en el incendio de 1952. El Excmo. Ayuntamiento de Soria se encargó de costearla íntegramente.

Los signos más tangibles de la devoción secular a esta Virgen son las múltiples lámparas, coronas y regalos que han llegado hasta ella incluso de tierras americanas, donde ya se ha extendido su culto.

BIBLIOGRAFÍA

Santuarios Españoles. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Enrique Flórez. Pág. 2261 (1), (2) y (3).

Enciclopedia Espasa. Letra S. Págs. 526 y 527.

Aparece en todas las guías de la ciudad.

LA VIRGEN DE LA CINTA
TORTOSA (TARRAGONA)

Las tierras de Cataluña están divididas en ocho diócesis: Barcelona, Tarragona, Lérida o Lleida, Gerona o Girona, Vic, Solsona, Urgel y Tortosa. La distinta magnitud del número de sus habitantes no es óbice para que cada una de ellas eclesialmente tenga su propia brillante historia.

Tener ocho diócesis significa tener otras tantas particulares iglesias acotadas, otros tantos prelados y catedrales, todas ellas llenas de singular mérito artístico y más aún una historia popular ligada a cada una,

donde la presencia de la leyenda aparece sobresaliente. No resulta posible en nuestro trabajo hablar de todas y nos vemos obligados a seleccionar algunas de ellas.

Nos ha llamado la atención la Virgen de la Cinta, venerada dentro de la catedral de Tortosa, la diócesis más meridional, limítrofe con Castellón, de la que antes ocupaba no pocas tierras. Es una invocación muy singular, que tiene resabios de los antiguos cultos a la maternidad, cuando las mujeres tenían que compaginar la dignidad y las ansias de la maternidad con las dificultades y limitaciones que ofrecía la ciencia. En esta dinámica se inscribe la Virgen de la Cinta, venerada nada menos que dentro del primer templo diocesano.

Tortosa, con su fundación primero como poblado ibérico y luego como colonia romana con el título de Iulia Augusta Dertosa, va a arrastrar un largo proceso de supervivencia, pues verá su existencia a merced de los múltiples pueblos invasores.

Consciente o inconscientemente sus habitantes sentirán la necesidad de reclamar al cielo su ayuda para perpetuarse en todo tipo de pruebas y contradicciones. El cielo generoso vino en su ayuda y pronto. Posiblemente en los momentos de su liberación del yugo musulmán, conseguida por Ramón Berenguer IV en 1148.

Según una piadosa tradición, en la noche del 24 al 25 de marzo de 1178, un sacerdote se dirigía a la primera catedral hacia la medianoche. Iba a cantar el oficio sagrado de maitines como era costumbre en aquella época, cuando los sacerdotes acomodaban sus rezos del breviario a las horas correspondientes del reloj.

«Al entrar en la iglesia se vio sorprendido por una procesión de ángeles, presidida por la Santísima Virgen, quien le dijo: "Yo soy la Madre de Dios, a la cual tú sirves, y estos que ves a mi lado son los apóstoles San Pedro y San Pablo; y porque esta iglesia ha sido edificada para culto y honor de mi Hijo y míos y en atención al cuidado que los habitantes de Tortosa tenéis de honrarme y servirme, en prueba de agradecimiento y en garantía de mi perpetua protección os doy esta cinta de que soy ceñida, hecha por mis manos, y os la dejo sobre este altar» (1).

Tan concreta afirmación se encuentra recogida en los breviarios antiguos de la catedral, uno de los cuales lleva fecha de 1347.

Desde luego el pueblo de Tortosa venera con gran devoción la imagen de la Virgen que nos recuerda aquel hecho, mostrándonos una cinta de unos doce palmos, tejida en seda y en colores claros. «El tejido de la santa cinta es como una hebra o red sin nudo alguno; respecto a la materia de que está formada, nunca se ha podido determinar cosa alguna de fijo» (2).

La última vez que se examinó fue en el año de 1853, en tiempos de Isabel II y los examinadores, entre los que estaban los propios reyes, escogidos expertos, altos cargos y damas del palacio, se sintieron incapaces de llegar a una misma conclusión, pues unos la decían de hilo, otros de algodón, otros de seda, otros de pita, resultando que nada se puede afirmar de cierto.

La cinta se guarda en un relicario ostensorio de plata, dentro del camarín, que ha sustituido a la primitiva de madera, «caxeta de fusta». Está colocada en el lugar más relevante del retablo. Encima aparece la imagen de la Virgen de plata que sostiene entre sus brazos una cinta. A sus lados hay dos imágenes de San Pedro y San Pablo, recordando a los santos de la aparición.

La Virgen se encuentra sentada y se venera dentro de una lujosa capilla barroca. Es también barroca sumamente bella, tallada en alabastro con las facciones tan gustosas de este estilo. Indudablemente que la imagen actual presupone otras anteriores, porque el culto arranca, al menos, del siglo XIV, lo que supone ya otras imágenes.

La capilla de la Virgen se halla en uno de los laterales de la catedral. Fue proyectada por el arquitecto Didac Martines, sobre el solar de la primitiva catedral románica y está revestida de mármoles y materiales preciosos, esculturas y pinturas. Contrasta con la sobriedad que domina en todo el recinto sagrado.

El fondo de la capilla está ocupado por un altar clásico del siglo XIX, donde se encuentra la imagen.

La singular veneración de que viene siendo objeto Ntra. Sra. de la Cinta, llevó ya en 1617 a la fundación de la «Cofradía de la Santa Cinta». El rey Felipe V fue uno de los primeros en inscribirse en ella.

«La santa cinta se enviaba a la corte en todos los embarazos de las reinas, para lo cual es costumbre que lo solicite del cabildo su majestad el rey en los meses próximos al alumbramiento.

»La primera vez, que con este objeto se llevó, fue el año 1629 con ocasión del embarazo de Isabel de Borbón, primera esposa de Felipe IV, la cual dio a luz al infante Carlos Baltasar» (3).

La salida de la sagrada cinta se hacía con gran solemnidad, en el altar mayor de la catedral, estando presentes el obispo, el alcalde, el cabildo. Dos sacerdotes se encargaban de llevarla hasta palacio dentro de una urna debidamente sellada y después de jurar solemnemente «que no la perdería de vista», «ni dará ni poco ni mucho a nadie, sino que la devolverá intacta» (4).

«La cinta quedaba depositada en el oratorio de la real cámara hasta el alumbramiento de la soberana» (5).

Pero con anterioridad no era privilegio exclusivo de reyes. «Una constitución de 1363 permite que la cinta "corrigia" se lleve a las parturientas en trance de dar a luz "portare in capsa ad parteerias"». «Otro documento de 1370 habla de dos cajitas con la cinta, que ya estaría partida en dos trozos, el mayor de 12 palmos y uno menor, que es el que se llevaba a las parturientas y enfermos» (5).

La veneración del pueblo tortosino a su Virgen y a su cinta creó la devoción de bendecir cintas para repartir entre las personas que lo soliciten de manera especial para las mujeres embarazadas.

Junto a esta dimensión cultual, la Virgen es invocada también en todo tipo de problemáticas, principalmente las relacionadas con la supervivencia, de manera especial las colectivas, como las crecidas del Ebro, las guerras y pestes y en todo tipo de trabajos y necesidades.

La fiesta principal se hace el segundo domingo de octubre.

La fiesta litúrgica se estableció en 1509 con oficio propio y que se rezaba en la diócesis de Tortosa antes de la la reforma de San Pío V.

En 1920 el Papa declara Patrona de la ciudad de Tortosa a «Nuestra Señora de la Cinta».

Los gozos con los que Tortosa reza a su Virgen, nos parecen sumamente expresivos:

Pues con tal premio Señora
honrasteis esta ciudad
benigna siempre amparas
tus hijos en cualquier hora:

y a la que en el parto implora
el socorro asegurado;
pues con la Cinta Sagrada
a Tortosa habéis honrado.

En la actualidad, ante la demanda de peticiones, pidiendo llevar la cinta a sus casas, la piedad de los creyentes ha ideado el hacer cintas similares a la auténtica, oficio reservado a las religiosas de la ciudad.

Una vez confeccionadas se tocan la verdadera primitiva y luego se envían a quienes las solicitan.

Y así «las religiosas de los conventos de Tortosa, dedicadas a la confección de aquéllas, no dan abasto a los pedidos que de todas partes les hacen, porque el número de favores y hasta de milagros obtenidos por este medio es tan grande que la popularidad de la cinta y de la Virgen de su nombre se ha extendido hasta los más apartados rincones de España».

«Tortosa, por su parte, puede hablar con orgullo de la predilección de la Virgen Santísima porque en mil ocasiones ha visto claramente que la santa reliquia la ha librado de nuevos peligros y de grandes males, y, en especial, de la apostasía que tanto se ha generalizado» (6).

BIBLIOGRAFÍA

Diccionario Universal. Edit. Espasa-Calpe. Madrid, 1926. Letra. C. Pág. 316 (1), (2), (3) y (4).

Santuarios Españoles. Instituto Enrique Flórez. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Pág. 2245 (5).

J. Pérez Sanjulián: *Historia de la Santísima Virgen María*. Madrid. Imp. F. González Rojas. Pág. 191 (6).

P. Navascués Palacio y C. Sarthou Carreres: *Catedrales de España*. Espasa-Calpe. Madrid, 1985.

EL MILAGRO DE CALANDA
TERUEL

Calanda es un pueblecito del Bajo Aragón, que actualmente se encuentra en la provincia de Teruel, aunque eclesialmente pertenece a Zaragoza.

Cuando sucedieron los hechos, en el siglo XVII, el poblado se hallaba bajo el control de la Orden de la Calatrava, una de las órdenes militares más florecientes de nuestra patria. Entre sus votos se hallaba el defender el dogma de la Inmaculada Concepción de María incluso a costa de la propia vida si resultaba necesario.

En ese siglo XVII y en ese pequeño poblado de Calanda vivía un pobre matrimonio campesino, Miguel Pellicer Maya y María Blasco, a los que Dios había bendecido con ocho hijos.

Lógicamente en un hogar así tenían que trabajar cuantos podían y como podían. Un día el segundo de los hijos, Miguel Juan Pellicer, conducía su carro de mulas cargado con sacos de trigo. Tuvo la desgracia de caer delante del carro, que lo atropelló destrozándolo la pierna derecha.

Inmediatamente tuvo que ser trasladado al hospital Real de Valencia, donde ingresó el 3 de agosto de 1637. Tenía el muchacho 20 años.

Desde allí volvería a duras penas hasta su tierra de Zaragoza, donde hizo dos cosas: Ir a visitar y rezar a la Virgen del Pilar, encomendándole su situación. Luego marchar al hospital de la ciudad, para ser nuevamente atendido por el médico y profesor de la Universidad, doctor Juan Estanga.

El nuevo doctor quedó alarmado por la situación que presentaba aquella pierna, donde se apreciaba con toda claridad el comienzo de una irremediable gangrena. La solución para casos como éste no era otra que amputar el miembro dañado.

Por lo irremediable de la situación y lo grave del remedio el Dr. Estanga se reunió con los cirujanos Miguel Beltrán y Diego Milaruelo, quienes confirmaron el diagnóstico y la solución.

«La pierna fue amputada cuatro dedos por debajo de la rodilla». «Cirujanos y enfermeros cauterizaron posteriormente el muñón con un hierro al rojo vivo.»

Conforme se hace en estos casos, la pierna seccionda fue enterrada en el cementerio del hospital por el practicante Juan Lorenzo García. Corría el año de 1637.

Durante algún tiempo y ya sin pierna, Miguel Juan realizaba aquellos trabajos que se podían emprender con su situación. Pero al final no tuvo otro remedio que ejercer la mendicidad, oficio que realizaba a las puertas de la basílica del Pilar, de quien era profundo devoto.

El pobre desgraciado, además de solicitar la caridad pública, todos los días ungía el muñón de su pierna con el aceite de las lámparas que lucían ante la Virgen.

Cuando ya se creyó fortalecido regresó a su casa, donde vivía con la normalidad que le permitía su desgracia. En esta situación estuvo durante unas tres semanas hasta que llegó el día de Jueves Santo, 29 de marzo de 1640.

Miguel Juan se retiró a dormir como cualquiera otra noche, aunque aquella tarde había dado muestras de una situación más agitada. Tanto es así que los padres antes de retirarse a dormir fueron a visitarlo. Eran aproximadamente entre las diez y las once de la noche del día 29 de marzo de 1640. Hacía dos años y cinco meses que Miguel Juan vivía sin su pierna.

El hijo dormía profundamente, tanto que ni siquiera notaba la presencia de sus padres. Preocupados se acercaron a su hijo y a la luz de un pequeño candil comprobaron inesperadamente que por debajo de la ropa de la cama parecían asomar, cruzados, dos pies del muchacho.

Llamaron nerviosos a su hijo que tardó algún tiempo en despertar. Cuando lo hizo él mismo quedó estupefacto. Tenía dos piernas y además las movía con total normalidad.

A pesar de lo que podían tantos nervios, el muchacho tranquilizó a sus padres diciendo que había tenido un sueño muy profundo y que él mismo se había visto ungiéndose el muñón de la pierna con el mismo ritualismo del aceite, con que lo había hecho durante su temporada de mendigo en la basílica de Zaragoza.

La noticia comenzó a correr de boca en boca, a pesar de las reservas de los padres que asustados no sabían cómo reaccionar ante un hecho semejante.

Se pudo comprobar que la pierna de Miguel Juan presentaba todas las cicatrices que inicialmente había dejado el accidente y que por lo tanto se hallaban ante la misma pierna amputada y enterrada. Incluso se notaban en ella algunas pequeñas señales y dificultades. Algo que desapareció por completo a los tres días.

Cuando se hicieron públicos los hechos y la situación comenzó a tener calado de milagro, el párroco don Marco Seguer llamó al notario don Miguel Andreu, quien levantó acta de todo lo sucedido, entregándola a la alcaldía de Zaragoza, donde aún se conserva.

Cuando pareció que se habían serenado las cosas, Miguel Juan quiso ir a Zaragoza para dar gracias a la Virgen.

El viaje más que viaje fue un paseo triunfal, porque las gentes al llegar a cualquier pueblo, se agolpaban a su alrededor para contemplar con sus propios ojos lo sucedido. Hubo incluso algún cirujano del camino que quisó comprobar directamente la normalidad de la pierna restituida con pequeñas punzaduras.

Más aún. Se intentó buscar la pierna en el cementario donde había sido enterrada y no apareció por ningún sitio.

Pero, ante unos hechos tan notorios y significativos, la Iglesia quiso actuar directamente y se nombró juez instructor a don Pedro Apaolaza Ramírez, arzobispo de Zaragoza en aquel año de 1640.

El proceso fue amplísimo, detallado, duró hasta diez meses. El propio Cabildo del Pilar se encargó de todos los gastos. El texto del proceso abarcaba 203 folios y en él consta las declaraciones del mismo cirujano que le amputó la pierna don Juan de Estanga.

Ante la evidencia de los hechos, no se pudo sacar otra conclusión que la de aceptar lo milagroso. «No existía otra hipótesis razonable más que la de admitir que esa pierna amputada fue restituida después de dos años y medio a Miguel Juan Pellicer».

El señor arzobispo de Zaragoza confirmó la autenticidad del milagro con fecha del 27 de abril de 1641.

El suceso conmovió a España hasta el punto de que el propio Felipe IV mostró deseos de conocer al hombre tan afortunado por el cielo. Miguel Juan fue llamado a la Corte. En otoño de 1641 el joven de Calanda era recibido por el rey. Con toda sencillez el joven narró lo sucedido.

Curiosamente en Calanda, siglos después, nacería Luis Buñuel, un hombre atormentado permanentemente por el problema religioso. Él mismo llegó a decir que había hecho la película Tristana «porque durante toda su vida se había visto atormentado por la pierna de su paisano Miguel Juan Pellicer.

»Llegó incluso a decir que no dejaba de ser ateo, pero no me toquéis la Virgen del Pilar, no me toquéis el milagro, porque en ellos sí creo.

»Es más. Llegó a afirmar que respecto a Calanda, Lourdes era un lugar mediocre. Mediocre porque en Calanda había vuelto a crecer una pierna y en Lourdes eso no pasaba.»

Para perpetuar el recuerdo del milagro, en la propia Calanda se levanto una magnífica iglesia en obsequio de la Virgen del Pilar. Las pinturas murales representan distintas asecuencias del milagro obrado por la Virgen en un hijo de aquel pueblo.

La casa de Miguel Juan Pellicer, se han convertido en un museo religioso.

BIBLIOGRAFÍA

José Ángel Agejas: Revista *O Cruceiro*. Octubre de 1999. Página 2. Los entrecomillados pertenecen a esta página.

Diario *ABC*. Separata bajo el título «El Milagro del «Cojo de Calanda». N.º 28. Págs. 218 y ss.

NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS
VALENCIA

Cientos de mujeres llevan en España el nombre de Amparo y para que resulte moderno lo han transformado en «Ampa». Es la acomodación de un hermoso título con que se honra a la Virgen dentro de la Iglesia.

Con mayor o menor frecuencia los creyentes, conscientes de que transitamos por un valle de lágrimas, donde la limitación constante de

cada día nos sacude con dolorosos infortunios, buscamos protección, «amparo», en nuestra Madre del cielo.

Tal situación la encontramos representada en imágenes y pinturas, en estampas y novenas, para satisfacer nuestros sentimientos universales. Pero existen algunos lugares que han hecho de este título su especial patronazgo ante el cielo. Entre todos destaca por la importancia Valencia, donde la Virgen de los Desamparados es celestial Patrona de la ciudad. El esplendor y la grandeza de sus festejos se conocen en el mundo y pocas jornadas son tan vistosas en la capital de aquel reino como las dedicadas a su Virgen.

El título aquí tiene su origen en una entrañable institución: «El Hospital dels Inocents, folls e orats».

Una mañana, el 24 de febrero de 1409, el religioso mercedario fray Juan Gilabert Jofré, cuando se dirigía a una de sus predicaciones habituales, encuentra a un grupo de mozalbetes que maltrataban a un pobre desgraciado loco.

Impactado por el hecho, no puede callar lo sucedido y, explicando el compromiso de la palabra evangélica, inspirado por Dios, da cuenta de los hechos y pide que se construya un hospital para atender a los dementes, donde, recogidos, dejarían de protagonizar escenas como la que él mismo había presenciado.

Los ecos de aquella petición llegan al rey de Aragón, Martín I el Humano, que acepta la fundación del hospital con fecha de 15 de marzo de 1410. El mismo papa Benedicto XIII aprueba la empresa poniéndola bajo la tutela de los Santos Inocentes. El pueblo de Valencia, más expresivo, quiso conectar aquella invocación con la Virgen y comenzó a llamarlo «Hospital de Sancta María dels Inocents».

Acogido el hecho con especial simpatía popular, se comprendió la necesidad de rodear el hospital de un complemento de asistencia permanente que le prestara ayuda material y moral. Mosén Juan de Rodella, en 1413, logra que se forme una cofradía «que agrupara a cuantas personas quieran ejercer las obras de misericordia que practicaba el Hospital» (1).

El rey don Fernando de Antequera aprueba las constituciones de la hermandad con fecha de 24 de agosto de 1414. El piadoso monarca incluso llega a más. «No sólo se establece apoyar al hospital en su bene-

mérita labor, sino que se autoriza para poder recoger los restos de los ajusticiados, auxiliar a sus cofrades en sus enfermedades y en la viudedad, contribuir a los cultos y actos de caridad y cubrir los cuerpos de los cofrades difuntos con paños de seda bordados, sobre los que se pudiese colocar la imagen o figura de la Virgen María con algunos inocentes, así como la Vera Cruz con el misterio de la Pasión» (2).

Tan venerable cofradía toma por título el del hospital: «Lloable Cofradía de la Verge María dels Inocents».

En 1416 el rey Alfonso V el Magnánimo concede que la cofradía «pueda tener la representación o imagen de la gloriosa Virgen María, de plata sobredorada o madera, que pueda ser llevada sobre las cajas de los cofrades que mueran y que puedan acompañarla alguna otra representación de los muertos por el rey Herodes» (3).

Como consecuencia de estas concesiones, la imagen «es una talla de tamaño natural, con el dorso plano, la cabeza inclinada en actitud de descansar en un almohadón» (4). Desde 1425 esta imagen ocupa el lugar preferente en los inventarios de la cofradía».

«Las antiguas representaciones pictóricas nos presentan al descubierto su talla gótica, en la que se aprecian los pliegues del ropaje en disposición horizontal, los pies simétricos, el almohadón con las ricas borlas de pasamanería y un asa en la peana. Lleva en la mano derecha un ramo de azucenas, en su brazo izquierdo al Niño Jesús con una cruz» (5).

«Según la tradición, que se escribió por vez primera en 1668, el origen de esta imagen es milagroso» (6).

Se acababa de fundar en los comienzos de ese siglo XV el hospital y la cofradía para atender a las necesidades de los acogidos los «folls» o locos. Todos reclamaban una imagen que presidiera sus reuniones.

Cuando se encontraban obsesionados por este deseo, «se presentan tres jóvenes en la hospedería del hospital pidiendo albergue y sabiendo los deseos de los cofrades, dijeron que eran escultores, y que si se les señalaba lugar apartado y se les proporcionaban heramientas y comida para tres días, se comprometían en este tiempo a tallar la imagen» (7).

Aunque existía bastante reticencia a aceptar el compromiso, contemplando la serenidad impactante de aquellos tres visitantes, que parecían más ángeles que hombres y como sus peticiones eran ínfimas:

comida, unos troncos de madera y unas normales herramientas, pensaron que era muy poco lo que arriesgaban en el empeño y accedieron a proporcionar a los forasteros lo que pedían. Los colocaron en el sitio llamado de la ermita, donde existía además un huerto, propiedad de la cofradía.

«Pasados tres días, no salían de la habitación los jóvenes, se forzó la puerta y se encontró la comida sin señales de haberla tocado y una gigantesca y bella imagen de la Virgen» (8).

Fue a partir de tan milagroso suceso cuando surgieron las disputas entre los administradores del hospital y de la cofradía. El crecimiento de la devoción era cada vez más espectacular y se tomó entonces la determinación de separar el hospital y el culto a la Virgen potenciado y dirigido por la cofradía. Ante estas exigencias se estableció el culto en la capilla que «el cabildo eclesiástico les cedió en la plaza de la Seo, detrás de la capilla de San Antón Abad, pegada a los muros del templo metropolitano» (9).

Desde el decreto del rey Fernando el Católico, con fecha de 3 de junio de 1493, se añade al título hasta entonces tradicional de «Nuestra Señora de los Inocentes» el complemento «y los Desamparados».

En esta situación popular y masiva la imagen de la Virgen era venerada en casas y poblados del Reino Valenciano. Durante doscientos años venía apareciendo como la seña de identidad cristiana de este pueblo. Pero muy pronto ese mismo pueblo reclamó un lugar de más amplias dimensiones, donde también pudiera rendir culto comunitario y solemne acorde con los sentimientos de un pueblo ya amplísimo, con ansias de capitalidad. Eran las mismas ansias que se venían demostrando para levantar el templo catedralicio, comenzado sobre el solar de una mezquita en el siglo XIII y que se interrumpieron y transformaron numerosas veces hasta una restauración barroca del siglo XVIII.

Después de los ensayos transitorios propiciados por la casa cedida por el Cabildo de la Catedral, en la que hasta entonces se llamaba plaza de la Seo, se acomete la obra definitiva barroca del siglo XVII.

El proyecto fue muy bien recibido. El arzobispo de Valencia, fray Pedro de Urbina, bendice la primera piedra el 10 de abril de 1652.

El proyecto, «obra del requenense Diego Martínez Ponce de Urrana, es de planta oval, con fábrica de ladrillos y algunas partes de pie-

dra. Se distingue en los exteriores por sus líneas regulares, su amplia bóveda, sus cuatro sencillas puertas de orden dórico y las lápidas romanas de sus muros, descubiertas al socavar los cimientos» (10).

«En el interior, están los cuatro arcos que alternan con las cuatro puertas, de los cuales el del altar mayor excede en un tercio a los otros» (11).

La inauguración tuvo lugar el 15 de mayor de 1667.

El altar mayor que preside ahora no es el original, sino que se trata de un bloque de mármol blanco de Carrara, sostenido por las figuras alegóricas de los cuatro evangelistas, que como los santos Vicente, Martín y Ferrer, son obra de José Esteve Boner, realizados en 1802.

Por supuesto la imagen tiene su propio camarín desde casi sus comienzos (1694), aunque se han realizado en él importantes obras en 1912, para facilitar los accesos.

La bóveda de la capilla, que lleva linterna, se adorna con un grandioso fresco, representando la «Gloria» del pintor Antonio Palomino. realizada en 1701.

La imagen se venera adornada de riquísimos trajes y mantos que cubren a la Madre y al Hijo, que coronados con luminosas coronas, nos presentan un conjunto deslumbrante y único.

La devoción a la Virgen de los Desamparados, título actual de la venerada imagen, está profundamente arraigada en el corazón de todos los valencianos. Ellos la han extendido por América y Filipinas e incluso por la India y la misma África. Allí donde hay una pequeña colonia de Valencianos, allí aparece venerada la Virgen de los Desamparados.

El pueblo la llama cariñosamente «La Geperudeta», aludiendo a la posición ligeramente encorvada que adopta por ser una imagen yacente.

La que actualmente se utiliza en la procesión data de 1945, realizada por Carmelo Vicent y se la conoce popularmente por «La Peregrina».

Las fiestas tienen lugar el segundo domingo de mayo.

La vispera de ese día, por la noche, hay un concierto en la plaza Mayor por la Banda Municipal de Valencia.

A continuación se quema un castillo de fuegos artificiales en el cauce del río Turia. Sigue la llamada «Dança», fragmentos de danzas populares autóctonas.

A las 10,30 la Virgen es trasladada desde su basílica a la catedral, donde debe entrar por la Puerta de los Hierros. «Este acto es uno de los más famosos, ya que entre vivas y piropos, la Virgen es llevada en volandas, pasando de unos en otros, hasta que, de espaldas, entra en la catedral» (12).

A las 14 horas tiene lugar la típica mascletá valenciana y luego la procesión por las calles del casco histórico de la ciudad, entre una lluvia de pétalos que se arrojan desde todos los balcones y ventanas.

Gracias a los medios de comunicación, España entera conoce las espectaculares fiestas con que los creyentes valencianos obsequian a su Virgen, en un delirio de músicas, flores y trajes regionales.

Entre las fechas históricas que hay que recordar destaca el 12 de mayo de 1923, cuando la imagen fue coronada canónicamente por el nuncio apostólico, monseñor Tedeschini y con la asistencia de los propios reyes de España.

En 1948, con motivo de la celebración de las bodas de plata, el Papa Pío XII confiere a la capilla de la Virgen el título de Basílica.

Juan XXIII, a petición de las Diputaciones provinciales y Ayuntamientos de las tres capitales valencianas: Castellón, Valencia y Alicante, declara a la Virgen María de los Desamparados Patrona de la Región Valenciana.

Entre los milagros más conocidos se cuenta el que dio origen a la imagen de Nuestra Señora de los Desamparados, que se venera en el convento de San Agustín de Barcelona y que «según la tradición se apareció al patrono Juan Borrell en la gabia de la nave que pilotaba en una terrible tempestad que le sobrevino en la travesía de Barcelona a Palermo» (13).

El pueblo valenciano llena de fervores diarios el templo de su patrona, hasta el punto de que resulta frecuente encontrar en plena calle a personas, que con el templo cerrado, rezan a su Virgen en plena calle y si pueden se asoman por las mismas mirillas de la puerta.

BIBLIOGRAFÍA

Santuarios Españoles. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Enrique Flórez. Madrid, 1975. Pág. 2256 (1), (2), (3), (5), (10) y (11),

Enciclopedia Espasa. Edit. Espassa-Calpe. Letra D. Pág. 371 (6), (7), (8), (9) y (13).
Publicaciones especiales del Ayuntamiento de Valencia. Pág. 13 (12).

LA VIRGEN DE SAN LORENZO VALLADOLID

Con la imagen de la Santísima Virgen de San Lorenzo nos hallamos ante otra historia de imágenes antiguas que quieren justificar su existencia en tiempos anteriores a la Reconquista.

Según la tradición vallisoletana existía en Consuegra de Toledo una venerada imagen de María, que, al llegar la invasión musulmana, después del 711, obligó a los cristianos a huir llevándose a sus principales signos de manifestación cristiana, principalmente las imágenes de María.

Las llevaban con ellos mientras huían y podían, pensando siempre que la ofensiva musulmana terminaría humillada en algún punto de la Península.

Cuando comenzó el pánico de la pérdida total, los piadosos creyentes enterraron sus imágenes para evitar cualquier tipo de profanación.

Un sacerdote de Consuegra, portador de una Virgen, al llegar a Valladolid, dio por finalizada su huida, «ya porque el sacerdote pudiera ser oriundo de esta ciudad, ya porque le pareciese el lugar por entonces más apto y seguro para el cumplimiento de sus planes.

»Determinó ocultar la imagen de María en una cueva existente en la margen izquierda del río Pisuerga, lugar que hoy podríamos localizar en el espacio comprendido entre el Puente Mayor y las Piscinas Samoa, en el paseo antiguamente llamado del Espolón y conocido vulgarmente por «Paseo Bajo de las Moreras» (1).

Como en la mayoría de los casos, morirían los protagonistas, pues la posesión sarracena de aquellos lugares no fue cuestión de años, sino a veces de siglos.

Algunos siglos después, posiblemente hacia el XII o XIII, debió suceder el milagro de la aparición a un pastor. Desconocemos si exis-

ten intervenciones milagrosas o sencillamente fue un encuentro casual, cuando el pastor entró dentro de la cueva en que pudo estar escondida.

«Oída la relación del pastor por los principales de la ciudad y deseosos de comprobar la veracidad de sus palabras y afirmaciones, dirigiéronse todos al lugar por él indicado, donde hallada la imagen, la veneraron, pensando en seguida en darle un lugar más digno que aquella derruida cueva, determinando colocarla por entonces sobre una de las puertas de la muralla antigua que por aquella parte tenía la ciudad, llamada "Puerta de los Aguadores", por ser aquél el camino más corto y la puerta más frecuentada por los aguadores y vecinos de la ciudad en sus idas y venidas al río.

»Tal es la razón por la que aquella imagen, cuyo nombre se ignoraba, comenzó a ser llamada en un principio y desde entonces "Virgen de los Aguadores", cambiando por lo mismo la puerta de la muralla su nombre antiguo de "Puerta de los Aguadores" en el nombre posterior de "Puerta de Nuestra Señora"» (2).

La localización de esta puerta se hallaba en la muralla que partía del Alcázar Viejo, hoy iglesia de los Carmelitas Descalzos, y se dirigía al Norte de Valladolid, buscando la salida que hay hacia el río. Los últimos restos de esta muralla desaparecieron en 1896.

En el archivo parroquial de San Lorezo se guarda una plancha de cobre que nos recuerda la presencia de la Virgen en el primitivo lugar de la muralla.

No muy lejos del lugar de la muralla, cercana a la ciudad, extramuros, existía, ya en el siglo XII, una ermita dedicada a San Lorenzo. Aquí, por el siglo XIII, fue trasladada la imagen, que muy pronto cambió su nombre antiguo de Virgen de los Aguadores por el ahora más significativo de «Virgen de San Lorezo».

Se puede dar como segura esta fecha del siglo XIII porque en tiempos de doña María de Molina se destruyó la muralla para permitir la ampliación de la ciudad.

El culto a la Virgen de San Lorenzo se popularizó de tal manera que la pequeña ermita inicial resultó insuficiente. Se reclamaba la necesidad de una nueva y más amplia.

«La iglesia de Nuestra Señora de San Lorenzo fue derrocada de alto a bajo y hecha de nuevo el año 1485, aproximadamente, ya que

cuando el año 1509 solicitó don Pedro Nuño el patronato de la capilla mayor de dicha iglesia, manifestó hacer ya 24 años que la había reedificado» (3).

Hacia el año 1621 todo el templo fue decorado con escenas marianas, pintadas por Matías Blasco.

Tiene diez altares, de los cuales seis se hallan dedicados a distintas Vírgenes.

Con posterioridad, el monumental templo siguió avatares muy contradictorios.

La imagen que hoy veneramos, recientemente restaurada es una estatua policromada de estilo románico-bizantino, que representa a la Virgen sentada en un sillón. Mide 93 cm de altura y 41 de anchura. Lleva túnica azul y manto encarnado. Deja al descubierto sus pies con zapatos negros. Su mano derecha se levanta hacia arriba con los dedos juntos en actitud de sostener un pomo o algo similar. Con la mano izquierda sostiene a su Hijo, apoyado sobre la cintura. El Niño lleva en su mano derecha un libro, mientras apoya la izquierda en el pecho materno.

Dadas estas características resulta probable la existencia de una primitiva imagen anterior, que justificaría un culto más antiguo, acorde con la tradición.

Parece ser que lo que sostiene en su mano derecha es un corazón, ofreciéndonos una singularidad muy especial en este tipo de imágenes.

Como actos muy llamativos, celebrados en obsequio de esta Virgen, encontramos el llamado «Rosario de los Faroles», que desde 1920 ha dado relevante pujanza al culto de la ermita, algo así como si se tratara de las procesiones de las antorchas que hoy se celebran con normalidad en muchos santuarios.

El 21 de octubre de 1917 fue coronada canónicamente en la plaza Mayor, abarrotada por unas cincuenta mil personas, prácticamente Valladolid entero. El patronazgo de la Virgen sobre la ciudad data del siglo XVI.

De entonces data el himno estrenado en su honor:

Al eco sonoro
que el viento pregona
las glorias cantemos
de nuestra patrona
que es Reina inmortal;

Su ayuda imploremos
con firme esperanza
pequeños y grandes,
que a todos alcanza
su amor maternal.

Amor te cantaron las cumbres de España
amor la cabaña do mora el pastor
y en templos y ermitas con voces ufanas
las dulces campanas repitan amor.

Purísima Virgen Patrona querida
del alma afligida consuelo y favor
la voz de tus hijos clamando te imploran
que brille la aurora de paz y de amor.

En unos gozos que se rezan durante la novena se recuerdan los momentos más importantes de la Historia de la Virgen.

Para que esta ciudad tenga
una dicha universal:
¡Sed, Virgen de San Lorenzo,
su protectora especial!
Cuando la adversa fortuna
persiguió al Trono español
Vos revestida del Sol
hollasteis la media luna;
y en sazón tan oportuna
de refugio sois señal.
Sed, Virgen de San L...
Hyendo a la soledad
vuestra imagen perseguida
halla, Señora, acogida
en esta noble ciudad.
Pagando Vos su piedad
con recompensa cabal.
Sed, Virgen de San L...
A ser nuestra protectora
y de esta ciudad vecina
venís, ¡oh Madre Divina!
más hermosa que la aurora;
y en vuestra imagen, Señora,
os copiáis original.
Sed, Virgen de San L...
Piadosa aceptáis ofertas
de la pinciana atención,
que con vuestra protección
vio aseguradas sus puertas:
Con esperanzas muy ciertas
de veros, Puerta Oriental,
Sed, Virgen de San L...
Con inaudito primor
Madre Virgen sin ejemplo
Ara, Santuario, Templo
sois de vuestro Creador.
Si a vuestro templo el honor
le dais de Ara Virginal
Sed, Vrigen de San L...
En Vos madre de la Vida
no tuvo imperio la muerte,
porque vencida del Fuerte
no fuisteis de ella vencida;
y a los que insultó atrevida
volvéis aliento vital.
Sed, Virgen de San L...
Con suceso tan feliz
la salud dais a un devoto

que haciendo al Pilar su voto
le oís en Valladolid
sanándolo, ¡oh emperatriz!
de este templo en el umbral.
Sed, Virgen de San L...
Si el Pisuerga se levanta
y por las calles se extiende,
a su madre desatiende
pero a Vos rinde su planta;
vuestro poder le quebranta
el orgullo en caso tal.
Sed, Virgen de San L...
Apoderado ya el fuego
por esta ciudad cundía
sin ceder su tiranía
de agua y lágrimas al riego,
y Vos, Madre, a nuestro ruego
remediasteis tanto mal.
Sed, Virgen de San L...
Vuestra imagen ennoblece
a esta ciudad, ¡oh patrona!
Ser vuestro pueblo blasona
y herencia que os pertenece.
Y pues su devoción crece,
halle en Vos lo celestial.
Para que esta ciudad tenga
una dicha universal.
¡Sed, Virgen de San Lorenzo,
su protectora especial!

BIBLIOGRAFÍA

David Sánchez del Caño: *Historia de la Virgen Santísima de San Lorenzo. Patrona de Valladolid.* 3ª. Edic. 1988. Valladolid. Págs. 23 y 24 (1). Pág. 28 (2). Pág. 42 (3).

Santuarios Españoles. Instituto Enrique Flórez. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1975. Pág. 2343.

NUESTRA SEÑORA DE LA HINIESTA
ZAMORA

A cuatro kilómetros de la capital, en dirección Noroeste, dentro del mismo partido de Zamora, en el viejo camino senda de peregrinos, que iba de la vía de la Plata a Braganza, se encuentra la villa de Hiniesta, que debe su existencia a la Virgen que lleva su nombre.

Los hechos tienen como protagonista a Sancho IV, allá por los años de 1290, a quien la Historia le ha colocado con dignidad el sobrenombre de «el Bravo». No puede, sin embargo, decirse de él que fuese un monarca exclusivamente guerrero, pues heredó de su padre, Alfonso X el Sabio, la afición a las letras y de su abuelo, Fernando III el Santo, la piedad y el respeto por lo religioso. Precisamente esta última caracte-

rística se pone de relieve en el episodio que unirá su memoria a la aparición de Nuestra Señora de La Hiniesta.

Sancho solía emplear sus descansos en las diversiones de la caza. En una de esas cacerías cercanas a Zamora, en el cerro Raposero, los perros levantaron una bandada de perdices. El rey soltó su halcón y montado sobre su caballo, azuzado por los perros, siguió la dirección que había tomado la rapaz adiestrada.

La perdiz, al verse perdida, buscó refugio en una retama o hiniesta. El cazador la seguía, pero con tan mala fortuna que al llegar al lugar que parecía el refugio elegido por la inocente perdiz, el caballo dobló sus patas delanteras y se quedó como arrodillado.

El jinete no desaprovechó la ocasión, aunque imprevista, y desde el suelo disparó sobre la pieza en el momento mismo en que se escondía tras el obstáculo. Son esos instantes en que perplejo no sabes si has cobrado pieza o has fallado con estrépito. El rey sin perder tiempo quiso confirmar su puntería y en lugar de la perdiz encontró una pequeña imagen de la Virgen situada exactamente en el lugar que debía ocupar la perdiz. Algunas versiones dicen que hasta en ese mismo momento se desató una tormenta encima mismo de la retama.

Cuando miraba estático lo que sucedía aparece la perdiz que se posa tranquila a los pies de la Virgen.

Con un gesto que le honra, Sancho se arrodilla con piedad y se queda perplejo ante lo extraordinario. Cuando tuvo tiempo para reaccionar tocó con todas sus fuerzas el cuerno de caza y comenzaron a llegar caballeros y acompañantes, que según iban acercándose contemplaban la retama rodeada de llamas o de luces.

Los que llegaron quedaron atónitos al contemplar la religiosa postura del rey y mirando no tuvieron tiempo para preguntar, porque su mismos ojos contemplaban el espectáculo. Se habían convertido en albaceas del suceso.

Como la jornada estaba transcurriendo entre signos especiales de la Providencia, tuvieron uno más: Entre los acompañantes del rey se encontraba aquel día el deán, máxima autoridad catedralicia. Tampoco él se sentía preparado para tantas emociones. No supo hacer otra cosa que caer de rodillas y rezar.

Cuando terminaron los rezos, fue el propio D. Sancho el que se dirigió al eclesiástico:

–«Deán, a vos toca coger esta imagen y llevarla a la ciudad. Yo juro a Dios y a Santa María que haré levantar aquí un templo digno de mi estirpe en honor de esta Virgen, que llamaré desde hoy la Virgen de la Hiniesta» (1).

El deán mandó que recogieran la imagen y la colocaran en el arzón de la silla de su caballo y comenzaron el regreso a Zamora. El monarca iba detrás con la cabeza descubierta y todos, más que caballeros de un séquito real, parecían cofrades de una procesión religiosa.

El pueblo enterado corrió masivamente a recibir lo que ya consideraban un regalo del cielo y muy pronto todo el vecindario formaba en aquella multitudinaria manifestación de piedad.

Dentro de la ciudad, la imagen fue colocada en la iglesia parroquial de San Antolín de Zamora, una de las más antiguas hasta que fuera realidad la promesa solemne que el rey había hecho.

El romancero zamorano nos recuerda la historia revestida incluso de emotivos detalles:

El rey galopa y galopa - ardiendo en chispas la senda,
a la orilla del arroyo - que inquieto a Valorio riega.
Por el alto Raposero - baja respirando apenas,
y en tanto sigue en las nubes - batallando la tormenta.
Ciego camina el caballo, - don Sancho mira y observa,
y el halcón libre y altivo - va persiguiendo su presa....
Acosada y perseguida - se refugia en una inhiesta,
y ansiosos perros y halcones - en derredor olfatean.
Jadeante llega don Sancho - y abandonando las riendas,
con firme planta el arbusto, - dispuesta el arma, se acerca.
Mas de pronto abre los ojos, - hinca la rodilla en tierra
mientras horrísono un trueno - tabletenado resuena.
En un nido del ramaje - hay una imagen excelsa,
y el ave gris temblorosa - buscó su refugio en ella.
Es una Virgen sentada, - con rostro de madre buena,
y un Niño que en su regazo - suavemente se recuesta.
¡Juro a Dios, dijo don Sancho - y a Vos la Señora nuestra,

que en este mismo lugar - mandaré hacer una iglesia;
y mi ciudad de Zamora - os ha de nombrar su reina
y adorará todo el pueblo - a la Virgen de la Hiniesta!

Los creyentes de Zamora recibieron el hallazgo como un verdadero regalo de Dios. Pensaban más en tenerla a su lado que en devolverla al lugar de la aparición, pues en realidad se trataba de un despoblado.

El rey generoso y creyente sentía en su interior un impulso irresistible que lo llevaba a construir un templo en el mismo sitio de la aparición. En la ciudad, decía, ya existen otras imágenes. Tampoco podía consentir que, pasados los fervores iniciales, «la Sagrada Imagen pudiera quedar en despoblado». A él le sobraban sirvientes y a la Reina del Cielo le faltaban acompañantes. Por eso dio un interesante edicto, que resolvería el futuro de la fundación:

«Por gran voluntad que habemos de facer bien e ayuda a la iglesia de Santa María de la Hiniesta, por muchos milagros que el Nuestro Señor Jesucristo en aquel santo lugar face, e conociendo cuantos bienes e cuantas mercedes recebimos siempre de ella e esperamos recebir, dámoles e otorgámosle que haya y doce en pobladores que pueblen este lugar e con Juan Bartolomé, clérigo que y es agora, e con el que fuere de aquí adelante que sean trece pobladores. Tenemos a bien e mandamos que estos pobladores sean quitos de todo pecho e de todo pedido, e de fonsado e de fonsadera e de toda facendera, de hueste, de martiniega..., e mandamos que los pechos e derechos que nos habrían de dar, de que Nos le quitamos, que los den a la iglesia sobredicha para obra e para mantener los capellanes..., e por este bien e esta limosna que Nos facemos a este lugar, que sea tenido el clérigo dende con los capellanes que y fueren a cantar cada día Misa por Nos e por la Reina Doña María mi mujer, e por nuestros fijos, que nos guarde de mal e nos guíe a su servicio, e que fagan cada año un Aniversario por los Reyes onde Nos venimos e por Nos después de nuestros días» (2).

Estaba en marcha la obra del santuario y orientada la fundación. Más tarde su hijo don Fernando IV confirmó la línea de su padre y promulgó un nuevo decreto en León, con fecha de 7 de enero de 1307, en el confirma el anterior de su padre y añade ocho vasallos más incluido

el maestro de la obra Pedro Vázquez. Quizás fuera un favor a su orfandad, protegida por aquella Virgen inspiradora de los desvelos de su madre terrena doña María de Molina.

Para que constasen los hechos a las generaciones futuras «el retablo primitivo de la iglesia era una primorosa talla en el que sobresalía de tamaño casi natural, de rodillas, las figuras del rey don Sancho y de su esposa doña María de Molina, en actitud de ofrecer a la Virgen el edificio que para ella ordenaron edificar» (3).

El día del traslado de la imagen, segundo día de Pascua, fue algo inolvidable. El rey presidía la solemne procesión. «El espectáculo era inenarrable. Cuanto la vista abarcaba por caminos, huertas y caseríos, estaba ocupado por la multitud. Los pueblos se habían despoblado y acampaban en torno a las murallas» (4).

Al llegar al lugar donde fue asesinado el rey don Sancho II, hecho que recuerda una cruz, el rey se detuvo y el clero entonó por primera vez un memento por el alma del monarca asesinado.

Hiniesta se ha convertido en uno de los símbolos de la piedad zamorana. La talla sagrada, pequeñita, se halla colocada en lo alto como un sagrario y protegida por una reja de hierro adornada de azul y oro. La reja sólo se abre en dos ocasiones: Cuando algún rey visita el santuario. Y en tiempo de prolongadas sequías para sacarla en procesión con la esperanza de conseguir el beneficio de la lluvia. Se trata de la «Patrona de la Tierra del Pan» y la lluvia es fundamental para asegurar las cosechas.

La iglesia de Hiniesta es una de las joyas del gótico zamorano. Zamora, la ciudad del románico, puede presumir prácticamente en sus arrabales, de este ejemplar del arte gótico, la obra del insigne maestro Pedro Vázquez.

Se trata de una nave de cinco tramos, cabecera rectangular, sacristía barroca, en cuya parte alta se encuentra el camarín donde se venera la imagen de la Virgen.

Las bóvedas de crucería descansan en ménsulas lisas. La puerta realmente extraordinaria, de arcos rebajados, presenta en sus laterales y el fondo, series de escenas pulcramente labradas referidas a la vida de Cristo, en dos zonas bien diferenciadas. En la inferior se representan dos episodios de la infancia de Cristo, referidas a los Reyes Magos.